

EL NEGRO TIMOTEO

PERIÓDICO POLÍTICO, SATÍRICO Y BURLESCO

Suscripción mensual:

60 CENTÉSIMOS

SALE TODOS LOS DOMINGOS

Oficina Dayman núm. 148

TIENE EDITOR RESPONSABLE

Número suelto:

16 CENTÉSIMOS

Con mucho gusto

Al Negro Timoteo:

En el número anterior hemos leído con verdadera satisfacción los justos elogios que tributa *Un veterano* al viejo guerrero de la independencia americana Coronel don Cipriano Miro, pidiendo para él los despachos de Coronel Mayor.

Nosotros vamos á agregar á ese nombre ilustre el no menos conocido de don Felipe Maturana, que hace treinta años es Sargento Mayor de la República.

Este esclarecido ciudadano fué el primer hombre que llegó al Buceo, trayendo los primeros recursos para los Treinta y Tres. El patriota Maturana pisó las playas orientales el 12 de Mayo de 1825, es decir, veinte y un días despues de emprendida la gloriosa cruzada contra el extranjero.

Además de los recursos que trajo al ejército revolucionario, se le presentó al General Lavalleja con un lucido plantel de 32 patriotas, entre oficiales, particulares y soldados, guerreando en toda esa epopeya al par de los primeros, y conquistando las mas honrosas distinciones del heroico paladin que mandaba á los independentes.

Y sin embargo don Felipe Maturana, hoy en el ocaso de la vida, con media centuria de servicios á la patria y á la libertad, es Sargento Mayor *hace treinta años*.

Sargento Mayor un veterano con 78 años de edad, y cuya juventud fué consagrada á la defensa de la mas noble y santa de las causas—á la emancipación política de un pueblo!

¿Y no es vergüenza nacional que un compañero de Lavalleja, un soldado de las brillantes lides de la independencia, uno de los fundadores de la República Oriental, haya sido postergado por militares que solo han servido á una bandera de partido? ¿No es vergüenza nacional que don Felipe Maturana, un hombre cubierto de canas y de glorias, sea Sargento Mayor, cuando hay tantos comandantes y coroneles que no pueden honrarse ni con la octava parte de sus beneméritos servicios?

Pedimos una recompensa para don Felipe Maturana, uno de los pocos valientes de nuestra época de heroísmos, que han quedado á la república como un vivo monumento de sus mejores glorias.

Un Veterano ha pedido justicia para el Coronel Miro; y nosotros, jóvenes de la generacion actual, admiradores de nuestros viejos héroes, tambien pedimos justicia para el mayor Maturana, exhortando al Gobierno al cumplimiento de uno de los deberes mas grandes que le impone su mision—el deber de retribuir los sacrificios hechos en holocausto de la patria, por los varones que á fuerza de valor, de sangre y de constancia, nos inscribieron en el número de los pueblos independentes y libres.

Y si el Gobierno permanece indiferente á sus mas estrictas obligaciones, que son las de remunerar á los bravos de una era inmortal, sirvan á lo menos estas líneas como un homenaje de admiracion y respeto al dignísimo veterano don Felipe Maturana.

Unos orientales jóvenes.

Un Veterano Oriental

APROPOSITO EN 2 ACTOS, EN VERSO

Por J. C. B.

Dos dias seguidos se exhibió en Cibils la produccion de D. José C. Bustamante, titulada *Un Veterano Oriental*; y segun lo ha consignado una parte de la prensa, el autor obtuvo un éxito asombroso.

No pudimos asistir á ninguna de las representaciones; pero ansiosos de conocer el nuevo fruto teatral del padre de *La mujer abandonada*, adquirimos, mediante 50 centésimos, un ejemplar del *Veterano*.

Con él á la vista, vamos á emitir imparcialmente nuestras opiniones acerca del valor literario que encierra la obra del Sr. Bustamante.

Sucedee generalmente entre nosotros que todo trabajo intelectual presentado al público desde la

escena ó en las condiciones de libro, jamás obtiene equitativos aplausos ó merecida censura, por que la pasión del partidario, sobreponiéndose á la justicia del crítico, indaga primero la opinión política del escritor ó del poeta, para discernirle después, de acuerdo con ella, la reprobación ó el elogio.

Así es que hemos visto tributar desmedidas alabanzas á detestables producciones, mientras que otros trabajos de positivo mérito han sido ridiculizados con punzantes burlas.

Al bosquejar nosotros el juicio crítico del *Veterano Oriental*, haremos abstracción completa del hombre para ocuparnos de la obra, atendiendo solamente á las cualidades que contenga.

No hemos creído fuera de lugar esta advertencia, para que no se nos atribuya ningún móvil personal y mezquino al apreciar el *apropósito* del señor Bustamante.

En *Veterano Oriental*, como dice su autor, es el *segundo ensayo* dramático que ha recibido los honores de la representación.

Pero, aun aceptándolo en la clase de *segundo ensayo*, nos es sensible manifestar que el *apropósito en dos actos y en verso* de don José C. Bustamante, está destituido de todo mérito teatral, en el fondo y en la forma; y que nunca hubiera merecido el sufragio de un público de cabal inteligencia artística.

La obra no tiene plan; es decir, es solo un trabajo dialogado, escrito en pésimo verso, si puede darse este nombre á lo que no pasa de una prosa rimada.

Lo dicho en cuanto al argumento quedará probado tan pronto descendamos á los detalles.

Francamente no podemos concebir como don José Valero, eminente actor y persona de innegable competencia en el arte de Eguilaz, quiso echar sobre sus hombros la pesada y tosea cruz que ha fabricado á golpes don José C. Bustamante.

Hemos prometido hacer una crítica razonada; y para ello suplicamos á los lectores que nos acompañen con paciencia hasta el fin de nuestro trabajo, que empezará con la primera escena y acabará con la última línea del *apropósito*.

La obra principia con un monólogo, pobre recurso dramático, que revela muy pocos dotes en quien los emplea sin discernimiento.

Todos los preceptistas modernos, incluyendo á los menos apegados á las tradiciones del clasicismo, aconsejan á los autores noveles el uso moderado de los monólogos, y eso cuando el personaje se encuentra ya escitado por fuertes senti-

mientos ó pasiones; esto es, durante el curso de la acción.

Hasta el sentido común, haciendo caso omiso de las reglas, explica la razón del consejo. De modo que el *apropósito* del señor Bustamante empieza por una *inverosimilitud teatral*.

Don Quintín, el protagonista, aparece escribiendo sus memorias; y luego se expresa en términos destituidos de belleza poética, ó sea en versos que no siempre guardan la medida.

Ya probaremos nuestro aserto, porque desgraciadamente la pieza está plagada de versos defectuosos.

Haremos la observación de que el autor prescribe *pausas* á cada momento.

En la primera escena hay tres, sin duda señaladas por puro capricho. A lo menos, nos ha sido imposible dar con la causa de esas *acotaciones* frecuentes, que solo se hacen cuando así lo exige el interés del asunto, ó alguna otra circunstancia atendible, que no exista por cierto en ninguna de las primeras *pausas* marcadas por don José C. Bustamante.

Hallándose D. Quintín entregado á las más risueñas visiones (de que se dá cuenta en voz alta) respecto al futuro de la República oriental, que según el protagonista no es todavía *nación libre ni independiente*, es interrumpido de pronto en su monólogo por dos muchachos vendedores de diarios callejeros, que pasan casualmente por debajo del balcón de la sala, ofreciendo á gritos *El Ferrocarril y La Tribuna*.

Esta interrupción, como es natural, enfría el entusiasmo patriótico de D. Quintín, quien no encontrando talvez otra palabra más fuerte para demostrar su mal humor, lanza la exclamación de *Arre canarios!* y llama en seguida á Eduardo, su hijo.

Este llega preguntando *Qué? qué?*, cuya repetición creemos habrá arrancado aplausos al público que asistió á la representación, porque no puede expresarse con más laconismo ni ingenuidad el interés que despierta en el hijo obediente y cariñoso la voz de un padre tan bueno como Don Quintín.

Digamos á la lijera que, apesar de haber escrito el señor Bustamante en su *apropósito* que la escena pasa en Montevideo en 1873, más tarde aseguró, en su réplica á una especie de crítica aparecida en *La Tribuna*, que los sucesos del drama tuvieron lugar en 1866, durante la guerra del Paraguay.

En este caso, pues, el autor del *Veterano* ha cometido un anacronismo. En 1866 no se había fundado todavía la empresa editora de *El Ferrocarril*.

Apenas Eduardo ha comparecido al llamado paterno, pronunciando el doble *que*, que (este nos pertenece) si no es tan bueno como el celebrado *Qu'il mourût* de Corneille se le parece lo mismo que un huevo á una castaña, Don Quintín le dá probablemente dos vintenes para que le compre el número (ha de entenderse un número) de los periódicos citados.

Antes de pasar adelante, es justo transcribir la cuarteta de la referencia, en la cual el autor, valiéndose de una licencia muy licenciosa, hace consonantar un esdrújulo con un agudo.

Oído á la caja:

DON QUINTÍN—..... Arre! Canarios!

(Llamando) A ver, Eduardo.....

EDUARDO—(Sale). Qué? qué?

DON QUINTÍN—Toma, toma y cómprame

El número de esos diarios.

Que tal? Bonita estrofa!

Dijimos que Don Quintín le daría probablemente á Eduardo cuatro centésimos para comprar *El Ferro-Carril* y *La Tribuna*, desde que en el verso que sigue al reproducido, Eduardo se expresa de este modo:

EDUARDO—Papá, si acaso no tienes

Cambiõ, aquí tengo yo.

D. QUINTÍN—Y qué, eso no alcanza?

EDUARDO— Nõ.

UN MUCHACHO—(de afuera) *La Tribuna*... á dos vintenes.

Nuestros lectores observarán que al segundo renglon de la redondilla le falta una sílaba para alcanzar á la justa medida, cuya sílaba se le quedó olvidada en el tintero al señor Bustamante, como cien otras que apuntaremos, mucho antes de llegar á los endecasílabos.

Tambien observarán una simpleza, en esta escena de interés palpitante, y es que el veterano, autor de libros, obras y memorias, ignoraba que *La Tribuna* valia cuatro centésimos, cosa que sabe cualquier soldado bisoño.

Y despues de ámbas observaciones, digan los lectores si no van corriendo parejas la vaciedad de ideas del diálogo, con la candidez de don Quintín y la indulgencia del público que concurrió á la exhibicion!

Así que el protagonista ha oído gritar al muchacho que *La Tribuna* cuesta dos vintenes, se admira de lo cara que es la preusa entre nosotros, y le entrega á Eduardo el dinero necesario para obtener los números ofrecidos.

Eduardo, en lugar de comprarlos de una vez para evitar que los muchachos continúen gritan-

do desaforadamente con el objeto de vender su mercancía, se entretiene con el anciano, diciéndole que él *paga tributo á la prensa de sus opiniones*, cuya perogrullada, por no decir sandez, le castiga don Quintín tratándolo de *embeleco!*

Se deduce, por consiguiente, de esta palabrota, que el veterano, apesar de hacer muchos años que está retirado del servicio activo, no ha olvidado completamente los hábitos del cuartel.

En seguida Eduardo se declara *ultra-colorao* y don Quintín *situacionista*; viniendo ámbas declaraciones, hechas á boca de jarro, tan oportunamente como pedrada en ojo de bolicario, ó, como dicen, traídas de los cabellos para arrancar aplausos de piés y manos á los concurrentes del paraiso.

El veterano, obligado por don José C. Bustamante, hace una nueva pausa, justificada esta vez, para lamentarse de que haya tanta política y tantos politicastos en nuestra bendita tierra.

Aunque el autor no lo indica ni por asomo, pensamos que en el número de los politicastos estarán incluidos los varones que fueron ministros de don Pedro Varela, sin embargo de que el propósito es anterior en dos años á la constitucion de su famoso ministerio.

Veamos como se conduce don Quintín:

Ya no es solo en los Congresos,

Ni en la prensa, ni en las vias,

Donde se grita y discute...

Es hasta aquí, en la familia.

Que lindo verso el segundo, por los equívocos á que se prestan las vias!

Y sigue diciendo Don Quintín:

Y en aras todo, de quién?..

EDUARDO—De la causa... la política...

Que suspensivos tan á tiempo... para salir de apuros!

A ellos responde el veterano:

Que causa, ni que ocho cuartos!...

La causa es treparse arriba

Y se acabó;—que en estando (adónde?)

Lo demas pronto se olvida.

Al leer lo transcrito nos hemos acordado involuntariamente de la *revolucion* de Enero, que hizo ministro á D. José Bustamante.

Y cuando un ex-Ministro afirma, por boca del personaje principal de su drama, que la *causa es treparse arriba*, los comentarios son inútiles de todo punto.

Los interlocutores se agarran á pico, como dos buenos gallos ingleses, defendiendo cada cual sus ideas, hasta que el maldito pilluelo vendedor de

periódicos, cansado de esperar debajo de los balcones, vuelve á gritar: *La Tribuna*. Este grito es la espada que corta el nudo gordiano de la discusión.

Don Quintín, que, á despecho de sus inviernos, conserva con toda integridad el sentido del oído (perdon por el consonante forzado) conoce en la voz á Greenfield, y ordena por segunda vez á Eduardo que le compre el periódico; pero el *diablillo* (así lo califica el autor) vendedor de *El Ferro-Carril*, tan constante como Greenfield, no ha abandonado el puesto de honor; y así que Eduardo mueve la pierna para cumplir los deseos de su papá, lanza el pilluelo estas palabras tentadoras—*Grandes noticias. El Ferro Carril.*

El veterano pide á su hijo que también le traiga la hoja de la calle de Mercedes; y Eduardo por último, sin más dilaciones, se dirige á la calle para satisfacer las exigencias del autor de sus días.

Tal es, a preciables lectores, el resumen de la primera escena, una de las más importantes del acto.

Cuántas vigiliás no le habrá costado al poeta!
Y que os parece la esposición del drama? Tiene argumento, eh?

Ahora empieza la segunda escena. Atención.

Isabel entra á la sala, esclamando:

Albricias, papita, albricias.

Papita! Que expresión tan infantil, y tan *cándida*, y tan dulce!

Si ya nos parece estar viendo á un niño, delante de un plato de sopa, engulléndose su *papita!*

¿No es verdad que es inmejorable el dictado filial? Hé aquí los versos:

ISABEL—Albricias, papita, albricias!

DON QUINTÍN—Por qué, preciosa, *por qué?*

Novio encontraste, mi vida?

El bonachón de don Quintín suponía que los novios se hallaban con la misma facilidad que las piedras en la calle; pero su hija, sin ser veterana, lo disuade de tal idea por medio de las frases siguientes:

ISABEL—Ay! papá, *las como yo,*

Es decir, *las pobrecitas,*

No encontramos fácilmente

Tan escasa *mercancia.*

La palabra *mercancia*, en boca de una *preciosa*, prueba, sin más argumentos, la ingenuidad de sentimientos de Isabel. Que boceto de esposo!

A ese tiempo llega Eduardo y toma una parte activa en la conversación. Con una franqueza recomendable, pero algo impropia de un joven que

se ha criado en un hogar donde la moral y la virtud se han cobijado siempre, dice que él....

si encontrase

Semejante *lotería* (la de un novio!)

Me encasacaba, aunque fuese

Viuda y vieja.... si era rica....

Magnífico final, con puntos suspensivos y todo.

Los tres personajes siguen hablando de *bueyes perdidos*; pero el diálogo, en fuerza de ser fastidioso, se torna entretenido para los espectadores sensatos, quienes encuentran motivos, á cada paso, para admirar el portentoso número que concibió la obra representada por D. José Valero.

A medida que el diálogo avanza, los asonantes van entrando á macha-martillo, y aumentando los rípos, exactamente como hoy los casos de viruela.

Don Quintín exhorta á sus hijos á que no sean avaros, previniéndoles que hay un excelente remedio contra la avaricia, y que ese remedio es la *sobriedad*.

¿La sobriedad, se preguntarán sorprendidos nuestros lectores? La misma pregunta nos hicimos nosotros, pues estábamos en la creencia de que la *sobriedad* era un remedio contra la *gula*, y que el antídoto de la *avaricia* no era otro que la *liberalidad* ó la *largueza*.

Si mal no recordamos, algo semejante enseña el catecismo del padre Astete, que conocen hasta los niños de tierna edad.

Pero el veterano, talvez por sus muchos inviernos, no gozaba por completo de esa facultad del alma que se llama *memoria*, aun cuando recién acababa de terminar las de su vida; y no recordando lo que enseña la doctrina cristiana confundía lastimosamente la *sobriedad*, ó sea la moderación en el comer y beber, con el *desprendimiento*, que es la virtud opuesta al vicio de la *avaricia*.

Bien habría podido acontecer también que el veterano, al expresarse de ese modo, hubiese tenido presente aquella metáfora *sed de riquezas*; pero, aun en este caso, sienta tanto la figura retórica al verso, como sentaría un chiripá en las piernas de don Juan de Cominges.

Después de los consejos, empieza don Quintín á enumerar las glorias que ha conquistado, y las *obras y libros* (no hay redundancia) que ha escrito.

Quizá por efecto de su mala memoria, no dice al espectador cuántos son y que títulos llevan los trabajos mentales que le pertenecen. Esta omisión es injustificable, atendiendo á los minuciosos detalles que nos dá sobre otros puntos.

Habla de la espada que empuñó en el Rincon de las Gallinas, en Sarandí ó Ituzaingó, pero deján-

donos en ayunas sobre si la usada en la última batalla fué la misma que llevó en el primer combate, explicacion que hubiera aumentado la importancia y el mérito de la escena.

Eduardo, en un aparte, confiesa que con menos parte de glorias sobraría para honrar á una familia, cuya confesion acaso no se la hace á su padre porque hasta entónces no lo habria notado.

Sin embargo, así que ha reconocido el hecho, vuelve sobre sus pasos y le lanza un apóstrofe, sublime por el último verso. Mucho ojo, lectores, para ver el pedazo de árbol á que se compara el hijo del guerrero:

Y yo que de vuestro nombre
Seré el heredero un día (oh! modestia!)
Os juro, mi padre, os juro (Repeticion).
SER DE ESTE ÁRBOL TAL ASTILLA (Efecto!)

¡Qué grandeza de sentimientos y cuánta elevacion de ideas en la postrera línea de los versos!

Don Quintín admirado del arranque entusiasta de su vástago, le responde tras de un abrazo:

Así SE HABLA, así SE HABLA! (Fco rípió)
Esa es tu gloria, es la mía; (Idem)
Esa es la gloria de todos; (Oh!)
Es gloria de la familia. (Ah!)

Todavía hubiera podido agregar mas glorias, continuando, por ejemplo:

Es gloria de los sirvientes,
Es gloria de las vecinas,
Y será perpétua gloria
De tus hijos y tus hijas.

Este apéndice no le hubiera quitado ni añadido ninguna belleza á tantas glorias.

Pero el nuevo calor patriótico del guerrero desaparece repentinamente al oír por la tercera vez este grito: «El Ferro-Carril».

Ese balde de agua fria lo pone de mal humor contra Eduardo; y cómo no? Momentos antes no habia salido este á comprar el periódico callejero?

Con razon, pues, los espectadores extrañan que Eduardo se haya retirado y vuelto á la escena por genial capricho del autor.

Este pequeñísimo defecto no afea en nada el conjunto, ya bastante afeado por su frivolidad y monotonía.

Sin embargo don Quintín, repuesto de su enojo, y cuya manía ferro-carrilera se ha desarrollado de una manera temible, pide nuevamente á Eduardo que le traiga el diario vespertino, ofrecido varias veces por el diablillo vendedor.

Entonces Isabel satisface los deseos de su padre, presentándole un ejemplar que debia tener guardado en el bolsillo, puesto que durante toda

esa larguísima escena no habia podido verlo el anciano, que lo estaba pidiendo á voz en cuello.

Ahora, he aquí como se espresa Isabel:

MUCHACHOS (de afuera) «El Ferro-Carril!»....

DON QUINTÍN—Pero hombre!

Me comprarán?....

ISABEL—No, papita!

Si aquí está; era por eso

Que entré pidiéndote albricias!

Don Quintín que no ha oído bien los dos últimos versos, pregunta:

DON QUINTÍN—Y por qué?

ISABEL—Mira, léé aquí (se lo dá)

DON QUINTÍN—Ya te endiendo picarilla.

Lo que la picarilla, y monona y espiritual Isabel hace leer á su papita, es un aviso del habilitado de la Plana mayor pasiva.

Y para venir á eso, el poeta ha empleado solamente la muy pequeña cantidad de NOVENTA Y UN RENGONES, colocados con simetría para que se tomen por versos.

Oh! fecundidad espantosa!

Procediendo de tal modo, bien pudo escribir el señor Bustamante un par de actos mas en su apéndice.

Don Quintín reprende á su hija por la frenética alegría con que le señala el anuncio, preguntándole en seguida si precisa algo, á lo que ella replica Nada, como hubiese podido replicar, habiéndolo exigido el verso, preciso un tontillo, una peineta ó un novio.

El veterano, por ese prurito de hablar al botón, á que le impulsa el poeta, declara á Isabel y al público, que tiene mas de CUARENTA AMARILLAS en la gabela, producto de sus ahorros, las cuales, segun la chispeante niña, han de ayudar á la compra de una casita.

Después de unas cuantas vulgaridades, Eduardo se le brinda al viejo para irle á cobrar el sueldo, y el viejo le contesta:

Si no hay prisa,

Otros habrá ¡desgraciados!

Que mucho mas lo precisan;

Dejad que lo cobren antes.

Y hemos subrayado el verbo precisar, que don José C. Bustamante usa por necesitar, para poner de manifiesto otro de los muchos desatinos en que incurre el poeta, bastante atrasado en la gramática y en el conocimiento de su idioma.

Eduardo viéndose desairado por su papá, que no se perjudica demorando algunos días la cobranza del sueldo, desde que tiene CUARENTA AMARILLAS en la gabela, pretende recobrar el terreno perdido por medio de estas palabras:

Pues te doy una noticia.

D, QUINTÍN—Cuál, hombre? vamos á ver.

A punto que el hijo abría la boca para contestar al padre, suena un campanillazo que hace el oficio de mordaza en Eduardo.

El campanillazo llega por cierto muy á tiempo para distraer al espectador, soberanamente aburrido por el lujo de inútil fraseología de los personajes.

Isabel dice, saliendo:—*Quién será?* Y claro es que Isabel no puede responderse de un modo satisfactorio, porque no es adivina.

Así es que se contenta con manifestar que será la *campanilla*.

Qué mujer tan aventajada y vivaracha!
Creeis lectores que el suceso no pasa así?
Pues aquí va el verso:

(*Suena la campanilla*).

ISABEL—*Quién será?... La campanilla!* (Váse).
Cuánta penetración para una doncella!

Como se ha visto, Isabel, apesar de tener la sangre del veterano, no ha heredado el talento del escritor de *obras y libros*.

Tampoco su hermano pertenece al número de *los que inventaron la póteora*. También lo verá el lector.

Cuando Isabel se retira, Eduardo le comunica al guerrero la gran noticia oculta.

Y la noticia, aplaudid lectores, es que tiene un empleo.

Aquí vuelve á brillar otra vez por su ausencia el interés de la escena; y continúan las insignificancias de que está plagada la pieza.

Don Quintín quiere saber si el empleo es en algún Banco.—No, replica Eduardo.

Insiste el veterano, diciendo:

¿Alguna casa que gira?

Otro hombre que no hubiera escrito los *libros y las obras* de don Quintín, hubiera hablado con mas propiedad, preguntando:

En una casa de giro?

Pero don Quintín, acaso porque en su infancia no se enseñaba el español de ahora, indaga *si es en alguna casa que gira*, esto es, que *dá vueltas sobre su eje* como el mundo, donde Eduardo ha encontrado colocación.

Eduardo, pése á sus pocos alcances, ha comprendido al viejo, y por eso le responde:

Tampoco:—es un empleo

De Gobierno.....

El primer verso es *cojo*.

Y don Quintín, que bien pudo decirselo á Eduardo á guisa de consejo, hace un aparte para el público.

Oh! empleomanía

Para esta tierra, fatal

Mas que la fiebre amarilla.

Y agrega en voz alta, dirigiéndose á Eduardo.

No me gusta.

Eduardo—No? y por qué?

DON QUINTÍN—Basta ya que en la familia

Haya uno, y ese soy yo,

Que del presupuesto viva.

Esa *soy yo*, pasa de lo sublime á lo ridículo. Como si Eduardo no lo supiera!

Sigue don Quintín dándole á la taba *6-charlando* sin ton ni son.

De pronto, sin querer, el poeta usurpa el lugar del personaje, y aunque pone en boca del último las palabras que van mas abajo, hasta un tonto comprende que el dramaturgo es quien habla aquí, en estas oraciones rimadas:

Algo mas podría agregarlo

Mas me callo. *La maligna*

Vulgaridad, susceptible

Acaso interpretaría

Mis palabras é intenciones.....

Si esto no es una justificación del autor que nos corren las orejas, pues de otro modo, hay razon para que don Quintín salga con esa pata de gallo, cuando solo se dirige á su hijo?

Oh! número prodigioso!

(*continuará*).

COSAS DE NEGRO

El Plata del Durazno, transcribiendo aquel ya célebre telegrama dirigido por el Coronel Latorre al Gefe Político del Salto, lo precede con las palabras siguientes:

«Queremos, aunque tarde, dar á conocer á nuestros lectores un documento que habla muy alto en favor del *rudo* soldado que dirige los destinos de la república».

Indudablemente el colega de campaña ha querido hacer un elogio al Coronel Latorre llamándole *rudo* soldado; pero lo único que ha conseguido es hacerle un flaco servicio.

Hé aquí, segun el diccionario de la lengua castellana, lo que significa *rudo*:

«*rudo*—Adjetivo—Tosco, grosero, falto de pulimento, naturalmente basto—Poco ó nada conforme con las reglas del arte—Obtuso, torpe, limitado, negado; hablando del entendimiento—De muy cortos alcances, de muy escasa comprensión; que tiene dificultad grande en sus potencias para percibir ó aprender lo que estudia—Brusco, incivil, fiero, inculto, impolítico, falto de educación, de maneras finas; agreste, rústico, campesino, etc. etc.»

¿No es cierto que nada le ha dicho con decirle *rudo*?

Pues si así tratan sus propios amigos al Coronel Latorre, qué dejan para sus adversarios?

Menos franqueza, apreciado colega, que lo corlés no quita á lo valiente.

Nos han remitido, bajo sobre, la solución de la charada publicada en el número anterior, y adjunta á ella la que insertamos en seguida:

Confieso que tu charada,
Apreciable Timoteo,
Es propia, como lo dices,
Para miopes ó ciegos;
No tan solo por lo fácil,
Sino también, á mas de eso,
Por darnos *su todo* el nombre
Del Ministro de Gobierno.
En cambio de la resuelta,
Otra difícil te ofrezco;
Difícil para los cortos
De... paciencia, Timoteo.

Mucho abunda en el Brasil
Mi primera repetida,
Y mi segunda doblada
Preside á farsas y risas.
Es la tercera un producto
Que nos viene de la China,
Y la cuarta una vocal
Símbolo de la estulticia.
No hay diptongo en la palabra,
Aun cuando á primera vista
Parece lo hubiera, como
En este vocablo:—*dña*.
Mas he consultado el punto
Con el gramático Ribas,
Y aseguro lo que el sábio
Preceptor también indica.
El total es nombre propio,
Usado por cierta firma
Que vale poco en la plaza
De la política digna.
Que te quemas, que te quemas
Oh! lector con el enigma.

El redactor de *El Ferro-Carril* califica de trata á los trabajos emprendidos por don José Paul y Angulo, para dar colocación á nuestros agricultores en la República del Perú.

Días pasados *La Tribuna* rompió lanzas contra don Enrique Romero Gimenez, que dió el mismo calificativo á la cosa; pero ahora, cuando precisamente se lo dicen en el propio país donde el señor Paul y Angulo principia su negocio, *La Tribuna* guarda el mas profundo silencio.

¿Será acaso por que el artículo en que se llama

trata á la operacion del *que quiere mas á la América que los americanos*, ha sido escrito por el Secretario del Gobernador Provisorio?

¡Vamos, don Juan de Cominges, romped una nueva pica en favor de vuestro atacado compatriota, y probadnos otra vez que amais mucho mas á la tierra de Arligas que á la tierra de vuestro nacimiento!

El general Mitro ha sido felicitado por sus amigos con motivo del décimo quinto aniversario de la batalla de Pavon, que le fué regalada por el general Urquiza.

Entre los muchos obsequios que le dedicaron, recibió un reloj enviado por un chusco, acompañado de las líneas siguientes:

«Bayardo argentino, aliado de Catriel.

«Sé que aquel famoso reloj que nunca señaló la hora de la victoria, apesar de vuestras promesas, se os descompuso durante la campaña que terminó en la Verde.

«Aceptad el que os envío en reemplazo, y el cual, estoy seguro, os indicará perpétuamente la hora de vuestra derrota final ante la opinion de todos los republicanos del Plata.

«Recibid ex-Bayardo y actual Quijote, el saludo de uno de vuestros compañeros de

Sierra-chica.

Al cabo, pues, como dice el refrán, se han juntado Marcos y su rocín.

Van á ser destinados (si ya no lo fueron) al 5.º batallon de Cazadores, varios delinquentes enviados al Cabildo por el Jefe Político del Departamento de Soriano.

Somos de opinion que mejor estarían en la cárcel purgando sus delitos, y no haciendo centinelas en el cuartel del 5.º—cuyo cuerpo tiene además elementos de sobra para sostener á las instituciones encarnadas en el actual Gobierno.

A que mandar criminales al 3.º?

La suscripción levantada por el Comisario Isasmendi en favor del artista Valenzani, para resarcirle de las pérdidas que sufrió por haber sido despedazado el retrato ecuestre del Exmo. Gobernador de la República Oriental del Uruguay, sube á la *elevadísima* cantidad de 49\$50 centésimos cobre y de 40\$35 centésimos plata.—Total 29 pesos 85 centésimos.

En vista del resultado obtenido estamos por creer que, ó el cuadro no tenia ningun mérito artístico, ó el original conserva muy pocas simpatías en el público. No hay mas.

A estar á lo que asegura un diario argentino, en todo este año quedarán concluidos los trabajos de la penitenciaria que se está construyendo en Buenos Aires. Agrega el periódico que tan pronto se halle terminada la obra, la autoridad nombrará un gobernador para dirigir á los presos.

Si por acaso no encontraran nuestros vecinos algun ciudadano á propósito para ocupar el cargo, búscuelo en la República Oriental, donde no ha de faltar por cierto quien pueda desempeñarlo á las mil maravillas.

El *Jornal do Comercio* dice que es una *esperanza malograda* el vástago muerto de S. A. I. la princesa regente del Brasil.

Cuando los hombres se han acostumbrado á llevar la librea de los siervos, nadie podrá convencerles de que el fallecimiento de un príncipe, que asegura la perpetuidad de una dinastía, como escribe el órgano brasilero, debe ser motivo de júbilo para los pueblos.

Tal es nuestro pensamiento... y el de Ulloa.

Prota y Juelle parece que se quieren divertir con el Juez Vilaza. A lo menos, eso es lo que se deduce de los escritos que ambos han presentado al Juzgado del Crimen.

Prota pide que se le aplique á Juelle *la ley del tation vigente*; y Juelle, al recusar á dos de los jurados, manifiesta que *vive una vida desesperante, inquieta, imposible, puesto que el econono de su contrario es terrible, aterrador, horripilante, fatal, luctuoso.*

Como si esto fuese poco, agrega mas adelante que *aguarda que el Todo Poderoso no permita el escarnio de que se le aplique la pena pedida por Prota; que solo asi se conforma con vivir epues como sabe V. S. (habla con Vilaza), sola fides sufficit; de otro modo me suicidaria para que al presentarse Prota otra vez pidiendo la aplicacion de esa horrenda pena, V. S. le conteste: Parce sepulto.*

¡Y el Juez providencia con toda seriedad en los escritos de ámbos contrincantes, cuando uno y otro hacen verdadera burla de la justicia! Es lo único que nos faltaba ver en el doctor don José M. Vilaza.

Pero si nada importa que se rian de ese hombre, puesto que él mismo lo permite, importa mucho que hagan juguete de la magistratura judicial, produciéndose en términos mas propios de una fiesta de bodegon que del santuario de la ley.

Un chileno se queja en *La Tribuna*, que, entre paréntesis, ha relegado su digna queja á la

Seccion de avisos, de que el Gobierno Oriental no haya hecho festejar, como es de práctica en casos análogos, el aniversario de la independencia de la república de Chile.

¿Por que habrá sucedido esto, tratándose de una nacion que siempre se ha mostrado deferente con la República Oriental, y con sus agentes diplomáticos?

¿Será porque el Cónsul de la patria de O'Higgins es principista, en su carácter de hijo de este país?

Entonces—que miseria por una parte, y por la otra, que justo motivo de resentimiento para nuestra hermana la República trasandina!

El autor del *Veterano Oriental* ha dirigido una carta á D. Julio Figueroa, remitiéndole una parte del producto que dieron las dos representaciones de ero drama. Esta es una accion recomendable.

Sin embargo, la carta de don José C. Bustamante nos ofrece una prueba mas de los garrafales desatinos que comete con frecuencia el autor de la *Mujer abandonada*.

Leamos primero el párrafo final:

«Reciba eso, sino para mas, para comprar zapatos á sus *tiernos hijos*, para quienes pido el amparo de Dios y de los buenos, y para comprarles algun *chiche* de esos que constituyen el completo encanto en la *edad adolescente*.»

Como se habrá visto por la transcripcion hecha, don José C. Bustamante confunde la *adotescencia* que empieza á los 14 años y termina en los 25, con la *infancia*, edad que principia á contarse desde el nacimiento del niño hasta los siete años; y eso despues de reconocer que los hijos de don Julio Figueroa son *niños tiernos*!

¡Y ha sido llamado tres veces á la escena un hombre que consigna tamaños disparates!

Oh! público inteligente!

Por falta de espacio no publicamos en este número una epístola que dirige á don Juan de Comínges, un español que se hizo republicano despues de la caída de Isabel II.

En esa epístola lo felicita con toda equidad por la brillante defensa que presentó al Jurado, en el juicio de prueba celebrado últimamente en el Juzgado del Crimen.

Por la misma causa nos vemos obligados á postergar el artículo de *Cota boracion* que, junto con la epístola, irán en el próximo número si el tiempo lo permite.

HORAS DE OFICINA

De 11 á 1 de la tarde.